



Partida de 16 de Junio de 2012



LA HISTORIA DE MARCOS PEÑA EL MEDICO

Diga lo que diga A2, la escalada nos costó Dios y ayuda, sobre todo a María. Llegamos todos, aunque más de una vez pensamos despeñarnos. Desde arriba A2 pudo usar sus implantes cibernéticos para otear una enorme porción de terreno. Efectivamente, descubrió una fuente de calor grande como para ser una casa y tan aislada que debía ser lo que estábamos buscando. Dimos vuelta al monte y volvimos a subir por la carretera. El último punto que aparecía en el mapa era la Abadía de Lebanza. Como decía el plano, allí moría la carretera y no había ni caminos más allá. Probablemente la falta de uso debió hacerles cubrirse con vegetación porque desde hacía mucho nadie había transitado por la zona. La abadía estaba desierta y saqueada aunque todo el soberbio edificio se encontraba en buen estado. David rápidamente lo reclamó para sí.

Habíamos tomado referencias del terreno para poder encontrar la casa viniendo desde abajo pero aun así nos costó días y perdersen muchas veces dar con ella. Cuando se acercaba la noche procurábamos volver a dormir a la abadía pero una vez estábamos tan perdidos que hubimos de hacer noche en las tiendas de campaña.

La casa estaba en un bosque como el típico de la región pero que no parecía el mismo. La misma sensación debía producir el bosque de Fangorn. Antes de la guerra leí que a ciento cincuenta kilómetros de Viena había un bosque, llamado Rothwald, al que



distintas circunstancias habían mantenido inalterado desde hacía 7.000 años y que era el resto más grande del bosque primigenio que cubría Europa. Bien, pues el bosque que rodeaba la cabaña no le iba a la zaga en antigüedad y genuinidad. La cabaña misma parecía sacada de un parque temático sobre la Edad del Hierro pero tenía un halo de autenticidad a su alrededor que desenmascararía al punto a la mejor imitación del parque.

Desde lejos vimos salir del bohío a un hombre bajo y robusto vestido con un sayo negro. Al fijarnos en él nos dimos cuenta de que un hilera de cuatro sepulcros, se disponían en paralelo al camino cerca de la casa. El hombre nos esperó hasta que le alcanzamos.

-**“Hómines, ¡y mulleris!**, exclamó cuando llegamos. Y luego, volviéndose hacia el interior de la casa: **“Fraterios, videre quien son venidos”**.

Dentro de la casa había otros tres hombres, vestidos como el primero. Hablaban un español arcaizante, medieval, y aún latinizado. Nos costó unas horas de conversación empezar a comprenderlos con facilidad. Al final, aprendimos a reconocer sus palabras por las raíces, captamos sus giros y supongo que recordamos cuantas obras clásicas habíamos leído. David fue el primero en entenderlos. Ellos, sin embargo, seguían nuestro discurso con total familiaridad. Parecía como si estuvieran acostumbrados a escuchar en este siglo pero a hablar en otro muy anterior.

Muchas preguntas les hicimos mientras comíamos queso y bebíamos leche. Nos respondían con paciencia pero siempre con parquedad, no por descortesía, sino porque daban por sentadas como totalmente naturales muchas cosas que a nosotros nos dejaban atónitos.

-**Plentusios nos, henos aquí desde sempre et conusco nostros mayoris. La parca prendio-los sept annos ha. Mellior. Verientes-non la afflictio de les suos filios tornados.**

No nos salían las cuentas. Había tres hermanos, todos con aspecto de haber participado en la defensa de Amaya, pero perfectamente humanos. Ese atardecer se aclararon nuestras dudas.

Sara estaba en el exterior de la cabaña cuando tuvo otra de sus crisis. La más fuerte hasta entonces. Llamó a su madre y se dirigió hacia una las tumbas en el camino a la cabaña. Sobre ella se estiró cuan larga era y gritó que su madre estaba allí dentro. Encargué a los demás que retuvieran a María en la cabaña para que no viera lo que le pasaba a su madre adoptiva para a continuación intentar calmarla. No lo conseguí. Tras unos veinte minutos de crisis sucedió algo que me aceleró el corazón hasta casi provocarme un ataque a mí también.



La lápidas de las cuatro tumbas se descorrieron con segundos de diferencia, ¡incluyendo aquella en la que Sara descansaba todo su peso!, sin que nadie las tocara. Es decir, se estaban descorriendo desde dentro.

Mucho tiempo después me pregunté por qué me tocaba siempre a mí contemplar los sucesos más espeluznantes de nuestras aventuras y más relacionados con la muerte, como esto y aquella mirada del ghoul del ultraligero. Pero no fue en aquel momento. En ese instante sólo podía contemplar, como abducido, a cuatro ghoulés de enormes ojos amarillos saliendo de sus sepulcros, vestidos con los mismos sayones que sus hermanos y caminando hacia la casa sin dirigirnos más que una corta mirada en la que puede advertir apenas una décima parte de la sorpresa que yo sentía. Oí las exclamaciones de sobresalto y miedo de mis compañeros y María dentro de la casa. Pensé que debía entrar a tranquilizarla pero estaba tan anonadado que me movía despacio, como en un sueño, y realmente toda aquella escena me parecía surrealista, onírica; un escena pintada por Salvador Dalí, hasta que noté que Sara ya no se movía ni hacía ruido alguno.

La agité sin resultado. La ausculté apoyando el oído en su pecho: braquicardia. La tomé en brazos, como una novia y entré con ella en la cabaña. “Como en una noche de bodas”, pensé con enorme tristeza porque alguna parte de mi cerebro más rápida que mi mente consciente ya había emitido diagnóstico y al cruzar el umbral mi ánimo era más el de un viudo que el de un recién casado.

LA HISTORIA DE MARCOS EL EX LUCHADOR

Para mí, las jornadas que pasamos en casa de los siete hermanos no fueron muy agradables. Sara estuvo días enferma, inconsciente y cada vez peor. Peña y Tania se quedaron siempre a su lado. David buscó una piedra plana y de altura adecuada como un altar, no comprendo para qué. Luego se puso a construir una gran cruz de madera para Sara. Menos mal que Peña no se enteró de esto.

Los demás hablamos mucho con los hermanos humanos y hasta un poco con los ghoulicados, lo que nos permitió explicar la leyenda. Antes y durante la guerra no vivían totalmente aislados. Tenían trato con la gente del pueblo de Lebaza y de ellos, antes de que desaparecieran, aprendieron lo que es la ghoulicación. Cuando el mal llegó a su cabaña los hermanos que resistieron la radiación amarilla intentaron envenenar a los otros cuatro alimentándolos a la fuerza con infusiones de tejo mientras se estaban transformando. No les dieron otra cosa. Y parecieron muertos. Tanto así que sus hermanos le construyeron los enterramientos que habíamos visto y los depositaron allí. Ahora caigo que en las tumbas no había cruces, pero la fe de estos plentusios debe ser aún más antigua que el cristianismo. La noche siguiente al día en que “murieron”, como todas a partir de entonces, los hermanos se levantaron de sus sepulturas y fueron a la casa. Menudo susto debieron darse. Los hermanos mutados probablemente habían purgado el veneno que quedaba en su cuerpo y al recuperarse tenían hambre de más de tres días. Pero no intentaron comerse a su familia. Fueron a la despensa, como habían hecho toda la vida. Llegaron a ella en la oscuridad, sin vacilar, porque ahora eran una clase de ghoul que no habíamos conocido antes, y que acaso tal vez no exista en otro



sitio: ghoules nocturnos, con una excelente visión en baja luminosidad. Su aspecto era el de un ghoul y sus cualidades humanas estaban muy severamente mermadas pero aún podían sonreír, entendían muchas palabras y hasta pronunciaban cinco o seis; recordaban su nombre y reconocían a su familia; no eran agresivos. Habían olvidado el uso de los cubiertos para comer y no sentían deseos de lavarse, aunque se dejaban hacer cuando los aseaban. Cuando no estaban comiendo ni durmiendo se quedaban en una silla, mirando a lo que se moviera cerca de ellos pero sin emprender por propia voluntad acción alguna. Me recordaban a un perro muy viejo privado del sol.

Infusiones de tejo. ¿Era así de fácil?



LA HISTORIA DE TANIA, LA CROMOTÓMICA

Peña me ha pedido que escriba yo esta parte de la historia cuyo sólo recuerdo a él le pone tenso. Sara se fue debilitando. El color de su cara cambió, enflaqueció. Una vez me horroricé al sorprenderme pensando que se parecía a un ghoul. Peña resolvió que había algo dentro de ella que la estaba matando y ese algo sólo podía ser el cuerpo extraño que detectó en el scanner de Torrelavega. Para estar seguro habría que abrirla y dado el caso, extirpar. Pero a Peña le temblaban las manos sólo de pensarlo. Debía abrirla la cabeza a la mujer que amaba y hurgar en su cerebro, sin instrumental, sin asepsia, sin aparatos ni medicinas, en mitad del campo. Y si no, lo más seguro se moriría. De todos los que estábamos allí, sólo él podía siquiera intentarlo. De modo que no operarla era dejarla morir, y operar probablemente matarla. Sus manos se agitaban mientras expresaba en voz alta estas cavilaciones ¿Cómo iba a sajar con esas manos?

De repente se decidió, con un hondo suspiro. Los plentusios parecieron entender bien la situación. Despejaron la mesa de la cocina, trajeron cuantas lámparas (de aceite) pudieron reunir y prepararon infusiones de tejo. Uno de ellos pasó un cuchillo terriblemente afilado a nuestro médico. Nosotros teníamos un botiquín e instrumentos básicos. Inmovilizamos a Sara, hervimos y lavamos. Sacamos a María, que estaba blanca como el papel. “Los egipcios hacían trepanaciones hace cinco mil años” dijo Peña. En ese momento entró David con una cruz de madera recién construida. Tomándolo por un mal augurio lo mandamos fuera.

—Ayúdame tú —me dijo.

Se inclinó sobre la zona del cráneo que previamente habíamos rapado y teñido con tintura de yodo. Con el cuchillo hizo una incisión amplia en el cuero cabelludo,



recortándolo por tres lados. Cortó después por debajo y fue levantando aquella capa de carne entre una efusión de sangre, como quien levanta la alfombra de un pasillo, hasta dejar al descubierto el hueso blanco del cráneo.

Peña se quedó mirándolo unos segundos.

—Los egipcios hacían trepanaciones hace cinco mil años —repitió—. Necesito un taladro.

Entre nuestras herramientas había uno manual y varias brocas. Peña escogió la más fina que creyó capaz de atravesar hueso y marcó cuatro puntos formando aproximadamente un rectángulo sobre la zona que quería abrir.

Sentí el chirrido de la broca contra el cráneo como si estuviera perforando mi propia columna vertebral.

Peña giraba despacio, retirando una y otra vez la herramienta para comprobar la profundidad. El primer agujero le llevó una eternidad. Cuando finalmente atravesó la tabla interna del hueso se detuvo de golpe, como si hubiera sentido el cambio de resistencia a través de los dedos. Uno, y luego otros tres.

Ya no le temblaban las manos.

Los cuatro orificios dibujaban las esquinas de una pequeña ventana. Con una sierra fina de nuestro equipo comenzó a unirlos, primero mediante dos cortes paralelos y después mediante otros dos transversales. Visto desde arriba, era igual que el símbolo almohadilla de los teléfonos móviles de antes de la guerra.

Trabajaba muy lentamente. Bajo el hueso estaba el cerebro de Sara y apenas unos milímetros de error bastaban para matarla en el acto.

Cuando terminó el último corte, el fragmento no se soltó. Peña introdujo con cuidado un pesado cuchillo bajo uno de sus bordes y comenzó a hacer palanca.

Hice un gesto involuntario de aprensión al oír el crujido seco.

Peña levantó finalmente la pequeña portilla de hueso y la dejó a un lado. Debajo apareció una membrana blanquecina y resistente que cubría todavía el interior del cráneo.

—La duramadre —dijo.

Cogió de nuevo el cuchillo. Esta vez hizo una pequeña incisión en forma de cruz sobre la membrana y fue levantando sus cuatro bordes con las pinzas. Debajo apareció por fin la superficie húmeda, brillante y palpitante del cerebro de Sara.

Peña se inclinó sobre la abertura y examinó el interior con su visión microscópica.

Peña apenas tocaba ahora el tejido. Utilizaba las pinzas para separar con extremo cuidado las estructuras que podía distinguir, intentando no tirar de nada que pareciera pertenecer al cerebro normal.

—Veo estructuras microscópicas que revelan la presencia de Agente Mutante Explosivo. También encuentro tejidos y conexiones que enlazan el cerebro con el cerebelo. Estas conexiones no son normales. Parece como si ella las hubiera generado...

¿Una mutación?

Se detuvo.

—Voy a apartar únicamente este tejido anómalo.

Con las pinzas levantó con infinita lentitud una delgada formación que cubría algo situado debajo.

Aparecieron varios tallos blanquecinos que se hundían en el cerebro de Sara. Terminaban en pequeños cuerpos alargados.

Peña frunció el ceño.



—Tiene aspecto... vegetal. Pero no puede ser.

-Es un hongo, dije yo. Al fin y al cabo estudiaba Biología antes de la guerra. Es un hongo, el *Ophiocordyceps unilateralis*. Infecta hormigas, toma control de su cerebro y las obliga a ascender a un árbol y fijarse en él. A continuación las mata, crece a costa de su cuerpo y esparce sus esporas desde arriba sobre otras hormigas. Vive en el Amazonas.

Tuve una inspiración. Ese hongo era el problema (En realidad sacó un Muy Difícil en Biología. Toda la operación avanzó a base de Muy Difíciles en Medicina).

-Inyéctale la infusión de tejo al hongo-le dije a Peña.

Me hizo caso y al instante los filamentos se retrajeron. Vimos el cerebro de Sara agitarse desde dentro, como si algo se moviera en su interior. Y probablemente así era. Conferenciamos un momento. No podíamos reflexionar mucho pues había que cerrar a Sara cuanto antes.

-La radiación amarilla tiene dos componentes: el AME y el hongo-dije yo.

-El AME provoca la mutación que desactiva la conciencia, cambia el aspecto y convierte al sujeto en un ser primario, como un animal-siguió Peña.

-Pero el hongo es el que causa el odio por los otros seres humanos. Seguramente lo han modificado para hacer precisamente eso.

-Y si juntas ambos efectos tienes un ghoul.

-Y si un ser humano resiste parcialmente la mutación pero sucumbe al hongo, tienes un ghoul sapiens. Tal vez el hongo mejore la inteligencia. En un ghoul normal, la mutación cancela este efecto pero un sapiens, al resistir la mutación, recibe el beneficio de una inteligencia incrementada.

El hongo genera una hostilidad específica hacia los humanos, pero en los ghoules normales la degradación cognitiva provocada por el AME impide que esa hostilidad se convierta en un odio consciente y sostenido. Por eso, cuando están saciados, pueden permanecer pasivos. En los sapiens, al conservarse la mente, esa hostilidad sí se manifiesta como odio consciente, permanente y deliberado hacia la humanidad.

-¿Y Sara?-pregunté yo, después de un silencio.

-Probablemente sólo ha contenido la mutación y el hongo. Sara ha contrarrestado ambos efectos creando nuevos tejidos en su cerebro que compensaban lo que los intrusos desactivaban. Esas formaciones cerebrales anómalas son lo que la han salvado. Me supongo que Sara ha podido hacer todo esto gracias a su Regeneración (Un Pro) y que eso mismo la está permitiendo sobrevivir a la operación. Vamos a cerrarla.



-¿Y las visiones sobre su madre?

-Un efecto secundario. Ha unido vete a saber que partes de su cerebro que no debían estar unidas. Tal vez veía su memoria. En fin, las alucinaciones son un precio bien bajo por dominar la ghoulicación.

Ni Peña ni yo lo pensamos en aquel momento pero acabábamos de descubrir algo importantísimo para la humanidad.



LA HISTORIA DE DAVID, EL MALDITO

Sara tenía que descansar pero yo no podía quedarme en la casa de esos hermanos para siempre. Yo tengo una misión. A2 decidió seguirme. El piensa que para protegerme pero yo sé que aunque camine por el Valle de las Sombras a nada temeré. Nos dirigimos a Garabandal, sólo por investigar. Llevaba a cuestas todo el camino la cruz de madera que había construido y aunque pesaba a mí se me hacía ligera.

Pasamos por Potes, que se ha convertido en el reverso oscuro de Torrelavega: la cercanía de los esclavistas ha dado lugar a toda clase de tráfico de bienes y servicios impuros. Incluso hay un anfiteatro para luchas de gladiadores en el centro del pueblo.

Ya más cerca de Garabandal apreciamos en la lejanía una alta cruz de madera y en ella, sentado con las piernas sobre los brazos de madera, un niño ya un poco crecido. Él también nos avista, desciende y sale corriendo.

Por el camino, cada vez más cerca del pueblo vemos cada vez más cruces como la anterior, ahora desocupadas. Altas, negras, macizas cruces de madera con sus ángulos bien tallados.

Al volver una curva tenemos a la vista el pueblo, unas pocas casas a lo lejos y delante de él, una cortina de unas cincuenta cruces como las otras, cerrando nuestro paso excepto por el estrecho paso de la carretera.

“Impresionante”, estoy a punto de decir pero no puedo hacerlo porque las cruces empiezan a moverse, a balancearse de un lado a otro, todas a la vez pero no en el mismo sentido. Las cruces forman un bosque de árboles negros que oscilan de derecha a izquierda como diciéndonos “no, no vengáis, no sigáis andando”. Noto que incluso A2,



detiene el paso y vacila ante esta visión de un monte Calvario múltiple en el que gruesas cruces de madera se mueven solas.

Pero yo soy un sacerdote, un enviado. Nada puede hacerme retroceder y mucho menos los símbolos de mi fe por mucho que tengan vida propia. Me muestro humilde, agacho la cabeza, inclino mi cuerpo bajo el peso de mi propia cruz y sigo caminando hacia el pueblo. A2 me sigue, con el símbolo de su propia fe preparado entre las manos.

No sé decir bien de dónde, pero aparece una niña en mitad del camino. Ya estoy tan cerca que siento el aire que desplazan las cruces en su movimiento incesante. La niña se me acerca, segura de sí misma, no tiene miedo por la misma razón que no tengo yo. Entre nosotros surge al instante un mutuo entendimiento.

-¿Eres un sacerdote? –me pregunta la niña.

-Sí-respondo.

-¿Y el que te acompaña es un ángel de la guarda?

-Sí.

-Ven a ser visto.

Cruzo el bosque de cruces. Están pintadas de negro como las cruces macizas que hemos visto por el camino pero apenas si son una lámina de contrachapado. Detrás de cada cruz hay un agujero en el suelo y en él una persona oculta que mueve la muy ligera cruz desde un apoyo en la tierra. Desde lejos, y pintadas de negro, no se aprecia la falta de volumen. El truco es hacernos ver cruces pesadas por el camino para que asumamos que las del pueblo lo son también.

La niña me dice que se llama Bandal y que es La-que-ve-a-la-Virgen. Hace mucho tiempo que no tienen un sacerdote, desde muchos años antes de la guerra. Ella hace las veces pero si yo soy visto, el pueblo me seguirá. Me lleva a un cerro bajo cercano al pueblo. Me coloca ante un pinar, ante un árbol en concreto.

-¿Ves a la Virgen?-me pregunta

-Cada vez que pienso en Ella-les respondo.

-¿Y ahora, ves a la Virgen?

-Sí, si cierro los ojos.

-¿La Virgen, te mira a ti?

-La Virgen siempre me está mirando. A todos los que creen en ella, y a mí también.



-Pero ahora mismo, ¿te está mirando la Virgen?

(Durante toda esta conversación David está nervioso, escogiendo sus palabras pero rápido para que no se note que las piensa. Intenta parecer firme y lo consigue al 70%. El árbitro nota ese 30% pero tal vez la niña no).

-Este no es el árbol desde donde la Virgen mira.

La niña no dice nada. No se muestra sorprendida.

-Has sido visto. Voy a llevarte a tu iglesia.

Tenía que ser visto por Bandal, por nadie más. ¿Cómo no lo comprendí antes?

El pueblo nos agasajó pero sin juergas. Yo lo preferí así. Los niños querían acercarse a A2, que no decía palabra. Le trajeron una bandeja con la mejor comida que había en Garabandal.

-Esperamos que esto te guste. No sabemos qué comen los ángeles.

LA HISTORIA DE A2, EL EXPERIMENTO

La escalada la realizamos sin dificultad y desde lo alto del pico localizamos un posible refugio habitado, nos dirigimos hacia allí nada más bajar.

Sí, es el refugio de los 7 hermanos, los cuales están en mayor o menor medida ghoulicados, pero no parecen estar afectados por la enfermedad. De hecho son bastante sociales con nosotros. De pronto una de nuestras compañeras, Sara, sufre uno de sus ataques. Sin embargo la intervención de su pareja y médico del grupo logra lo que parece imposible, Sara se salva. Es más empezamos a comprender cual es el proceso de la ghoulicación.

Estamos unos días allí, ya que la intervención de Sara ha sido muy complicada, pero tenemos que seguir con nuestras búsquedas y aventuras, para ello nos dirigimos, el pater y yo, hacia Garabandal, donde somos recibidos por los religiosos, con muestras primero de desconfianza y recelo y más tarde de admiración y respeto cuando el pater les convence de su fe. Tenemos un nuevo aliado, Garabandal. Y su comida es excelente.